

sentimiento de impotencia pueda apoderarse de ellos (“la historia seguramente no soluciona los problemas del presente”, p. 7), la riqueza del análisis que proporciona su investigación da todo su sentido al papel social que los historiadores pueden desempeñar. ■

**Catherine Cavalin**

CNRS-Université Paris-Dauphine, PSL

ORCID: 0000-0002-6037-3031

■ **Cristian Saborido.** Filosofía de la medicina. Madrid: Tecnos; 2020. 288 p. ISBN 978-84-309-7893-9. 16 €

Advierte el autor que los filósofos (la filosofía) se dedican a hablar “de la forma más rigurosa y honesta de la que son capaces, de cosas que todo el mundo se pregunta alguna vez”. Esto nos sitúa, de partida, en una concepción de la filosofía que se arrima al mirar con detenimiento (σκεπτικοί). El filósofo mira y vuelve a mirar sin acabar de encontrar lo que busca. La fecundidad de la etimología del término no debe conducirnos a olvidar el riesgo del atolladero cuando lo que realmente buscamos es examinar la gama de grises. Ya indicaba Ulises Moulines en *Exploraciones metacientíficas* que la búsqueda del gris nos aleja del extremismo filosófico. Y, precisamente, el autor nos acompaña en una introducción al quehacer filosófico relacionado con un saber teórico-técnico cuyo impacto en la vida individual y colectiva no necesitaría mayor presentación: el conocimiento médico. Y esta empresa, la acomete desde una pericia que es capaz de exhibir que, sobre la salud y la enfermedad, contamos en la historia reciente del pensamiento con una interesante producción de obras de historia cultural o crítica (filosófica). En estos estudios, es palpable la influencia de las genealogías foucaultianas en esfuerzo aunado la vocación filosófica analítica, como se echa de ver en la epistemología y la ontología históricas de cuya conjunción puede ser una muestra destacada la filosofía del canadiense Ian Hacking. En ese fértil solapamiento entre la historia y el estudio crítico, fortalecido por el rigor metacientífico, se inserta esta manera de hacer filosofía de la medicina que nos ofrece el autor: exploración de la historia y mirada analítica holística. La obra nos lo ofrece en un formato que será de utilidad tanto como aproximación introductoria como para revisión y actualización de quienes ya se hayan avezados en estos lares.

Tras la demarcación de la naturaleza de los problemas que atañen a la filosofía de la medicina, Cristian Saborido plantea, socráticamente, la interrogación fundamental acerca de lo que sean la salud y la enfermedad como “estados”. Estos conceptos son planteados filosóficamente, esto es, problemática y exhibiendo la complejidad de su delimitación, así como valorando su necesidad y alcance para la propia praxis médica. Expone las consideraciones biológicas y ecológicas inherentes, su caracterización institucional y nos conducirá a las dos posiciones típicas heredadas del punto de vista biológico y el ecológico (holístico), esto es, los que se han condensado en los enfoques naturalista y constructivista sobre lo que continuarán la exposición y reflexión en los capítulos siguientes.

Naturalismo y constructivismo, o posiciones solapantes con estos enfoques, son ejes de abundantes debates y producciones en el ámbito de la filosofía de las ciencias tecnosociales y humanas. Incluso caben incorporarse a un horizonte más amplio de perfiles ontológicos y epistemológicos cuyas raíces podrían llevarnos hasta las discusiones nominalistas de los albores de la Modernidad. Desde ese telón de fondo, se procede al escrutinio de los avatares contemporáneos que pivotan en esos enfoques. La exposición sobre el naturalismo, que concibe la medicina como una suerte de aplicación biológica, nos acompañará a conocer y sopesar el valor de la normatividad, y sus diferentes versiones, como criterios de salud, así como las formas de autoritarismo epistémico y el determinismo que pueden rastrearse al amparo de la noción de “funcionamiento normal”. En el caso del constructivismo, entran en juego elementos axiológicos de diferente raigambre, que permiten revisar críticamente la historia de la medicina (en una visión que llamaríamos de forma clásica “externa”).

A estas consideraciones onto-epistemológicas de carácter básico y radical (en el sentido de la profundización o amarre al suelo del discurso), sigue la tematización de la dicotomía de lo médico como saber entre el arte y la ciencia. Este capítulo permite la discusión de las posiciones empirista y realista en ciencia dentro de su aplicación específica a las prácticas biomédicas, sus interrelaciones y un colofón filológico-filosófico, por demás muy del gusto de las personas profesionales de la filosofía, al extraer todo el rendimiento teórico-práctico de las nociones clásicas de *frónesis* e *hibris*. Los dos siguientes capítulos abordan de forma sistemática dos problemas centrales de la filosofía de la ciencia: la explicación y la clasificación. En la primera discusión explicitará el embate entre las tendencias reduccionistas frente a las holísticas, la cuestión de los modelos en medicina y el problema de la evidencia. En la segunda, se abordará el inveterado problema de las “clases naturales”, la taxonomía en medicina y la clasificación dentro del utillaje filosófico para pensar las prácticas discursivas y no discursivas

de la medicina. Después de esta amplia y profunda incursión en una filosofía de la ciencia, tanto fundamental como aplicada, el autor hace un tratamiento específico de la enfermedad mental. Las patologías mentales han recibido en la tradición filosófica una atención específica que es aquí expuesta y finamente debatida. Lo psiquiátrico ha sido, y puede seguir siendo, un terreno especialmente escurridizo por sus connivencias con el poder (y el consiguiente efecto de control), genera problemas taxonómicos más allá de los previstos más arriba tanto en el diseño clasificatorio como en la práctica diagnóstica que conducen a la sobrecategorización y al sobrediagnóstico, además de encontrarse en una malla que se entreteje con la biología y las biografías en su contexto sociohistórico. Precisamente, el enfoque biopsicosocial, también sopesado, intenta hacerse cargo pragmáticamente de ese carácter poliédrico.

Las conclusiones recogen las ideas claves de las problematizaciones previas y valientemente se adentran en un ejercicio programático de qué hacer en filosofía de la medicina con una perspectiva fresca, crítica y abierta en el horizonte de reflexión. Cada uno de los capítulos ha ido incorporando unas conclusiones que ahora se sistematizan bajo el impulso socrático que preside toda la obra. Este impulso se ha fortalecido en el discurso hilado a través de la explicación y aplicación en cuestiones ontológicas y epistemológicas de largo alcance que han propiciado la reflexión, la aportación de datos históricos y una mirada fructíferamente escéptica en el sentido etimológico que, precisamente, bien se aleja de lo que luego se ha llamado escepticismo en la tradición. Precisamente es esa mirada necesaria para Sócrates, pero a la que se niega la condición de meta, en cualquier caso. Si acaso, se trata, como con la duda cartesiana, de una cuestión puramente metódica. Estamos en la búsqueda de la verdad, por más que nos sepamos siempre en camino, en método.

Es, en definitiva, una obra profunda, de amable lectura y altamente formativa para lectores con diferentes grados de formación que podrán revisar su contenido y referencias, a medida que se interesen más en el campo de la filosofía de la medicina. Lo que sí podemos garantizar es que la primera lectura ya habrá encendido el candil. ■

**Francisco Molina Artaloytia**  
(UNED Centro Asociado de Mérida)  
ORCID 0000-0001-9194-8451